



CAPÍTULO III

SE ha dicho, poco más ó menos, en los libros de química: «Precipitad algunas gotas sutiles de agua oxigenada en una apacible y no empañada solución de sulfato de leucalina, y en un instante la masa líquida incolora quedará transformada, revisitiendo la púrpura escarlata del sulfato de rosanilina.»

Erubescete y espléndido, el mencionado sulfato de rosanilina no resulta más distinto del pálido y soñoliento sulfato de leucalina, que de todas las personas y cosas del viejo departamento de la calle de Varennes desde que Minnie, ágil reactivo, viniera á descomponer sus moléculas. Testimonio atento y pasmado, el amigo Gouf asiste á una de

aquellas revoluciones que en un Estado renuevan completamente, no solo las instituciones, sino aun las mismas almas de los hombres. Desde Bobby hasta madrina, inclusive, nadie escapa á la influencia de la advenediza.

¿Le sienta bien á un can serio, que había llevado seis años de vida regular, de sueños juiciosamente distanciados y de estricta higiene, le sienta bien el correr como un loco tras las bolas de papel, tragar indistintamente terrones de azúcar ú hojas de ensalada y hacer la digestión zangoloteando por la calle? Es de creer que sí, puesto que con este régimen arbitrario Bobby continúa engordando y se ha vuelto muy retozón. Por otra parte ¿cómo iría á protestar, si Portos, el viejo caballo pardo, que se detenía únicamente á las puertas de las iglesias y de las cementerios y á lo sumo en uno que otro hotel del *fau-bourg*, ha tomado sin resollar el camino del Prado Catelán y del Jardín de Aclimatación? Y de Orasia, ¿quién creyera que se diese á repasar sus olvidados libros de cocina, é inclinada fervosamente sobre los hornillos, añadiera á los purés y á las compotas tradicionales, golosinas revolucionarias?... Pero ello ha sido menester, puesto que á Minnie le agradan los bollos, sin que le disgusten las patatas fritas.

Y ¿es concebible que la señorita Noemi, esclava de los principios durante un cuarto de siglo, enloquezca á todos con un corpiño de color y dos rosas púrpura en el sombrero? ¿Por qué no, si al decir de su pupila no le faltaba más que ese detalle para ser una monada? Y además, ¿qué puede ya sorprender en su conducta, si una tarde el cochero privado la sorprendió saltando á la cozcojita, aprendiendo á jugar al tres en raya?

Y madrina, hasta madrina tiene en desorden todas sus costumbres. Para cerciorarse de que la lumbre está encendida, se levanta media hora más temprano. Y ha renunciado al té, tomando en su lugar chocolate, á fin de que el de Minnie sea perfecto. Diez veces ve interrumpida su lectura del diario por absurdas preguntas, y aun ella misma la interrumpe otras diez para saber si Minnie tiene los pies fríos ó siente retortijones. Turban sus ejercicios de piedad incesantes distracciones; ¡que la niña se guarde de las corrientes de aire, que no vaya á tirarse por la ventana! Alguna que otra vez falta á las vísperas. Ensayo juegos que hasta el presente ignorara y olvida su calceta. No podía sufrir el ruido, ahora lo busca. Ha comprado un fonógrafo mayor que el que tienen arriba. Un día se la vió con un polichinela sobre las rodillas, y cuando

el santo de Minnie bebieron champaña...

A Minnie todos los prodigios que causa, ni le hieren la atención, ni le sorprenden. ¿Acaso donde ella esté no hay siempre alegría y movimiento? La vida emerge de ella como del sol la luz. Interesada y gentil, jamás confusa ni desazonada, agradece las atenciones de que la hacen objeto y se huelga de las bienandanzas que le depara la fortuna.

Lo que mayormente la encantó fué la visita á París. No vayáis á creer que la inmensa ciudad edificada con el sudor de millones de hombres, tesoro acumulado gracias á un esfuerzo de veinte siglos, foco prodigioso de pensadores y de pasiones, lograra intimidarla. Al fin y al cabo esa ciudad no es más que un Burdeos un poco más vasto, en donde las personas andan un poco más deprisa y tienen gracioso acento; y en cuanto al Sena no vale lo que el Gironda. Pero es muy divertido pasear por una ciudad que uno desconoce y, como uno si hojeara un libro, experimentar de vez en vez la sorpresa de un descubrimiento.

Los hay que no tienen nada de extraordinario. ¡Señor! á esa Catedral de *Nôtre Dame*, que tanto ruido mete, Minnie la vió ya infinidad de veces en tarjetas postales. Y en cuanto al *Sacré-Cœur*, causa mucho efecto al descubrirlo tan

alto, irguiéndose al extremo de una avenida. Pero después de todo es una iglesia como cualquier otra para rezar á Dios. En cambio por su forma inesperada y los barrocos dibujos que lo caracterizan, el obelisco divirtió á Minnie; esa gran piedra procedente de Egipto donde reinara José no le es indiferente. El Arco de Triunfo ¿qué es sino una puerta que no da á ninguna parte? No obstante sugestiona por su grandiosidad, por los nombres de generales y de batallas de que está cuajado, por los bajo-relieves militares que lo decoran. En los Inválidos, al fondo de aquel gran hoyo circular, el formidable féretro del terrible emperador que hiciera matar tanta gente, impresionó profundamente á Minnie; por espacio de unos segundos permaneció un poco pálida, pensativa, como delante de las piezas más sugestivas de su museo. Pero nada le embelesó tanto como la torre Eiffel, que ya tenía muy conocida, y que se descubre desde todas partes. La Gran Rueda, es casi tan interesante como la torre. Un gigante podría lindamente jugar al aro desaferrándola y tomando por varillá el Obelisco ó la Columna de Vendome...

Puede que discretamente incitada por el amigo Gouf, hartó desolada temiendo que Minnie pudiera aburrirse á su lado, madrina, no sin una lucha inte-

rior, ha tolerado que la niña conociese las bellezas de la capital. La señorita Noemi, orgullosa por tal misión, fué autorizada para llevarla al Guignol; y, puesto que, contrariamente á lo que madrina esperaba, no pilló en tal aventura un tifus ni una pulmonía, también le fué permitido ir al circo ecuestre y al cinematógrafo.

Tales excursiones, que fueron para Minnie otras tantas alegrías rápidamente transcurridas, constituyeron para su acompañante turbadoras revelaciones. A pesar de los aplausos de la niña, á la señorita Noemi la satisfizo poco el Guignol; juzgó que era espectáculo falto de distinción, y sufría al ver burlada la autoridad. El cinematógrafo la volvía loca; á pesar de los esfuerzos de sus ojos desmesuradamente abiertos y pestañeantes, no alcanzaba de ningún modo á seguir su vertiginoso curso, y volvió á casa con la cabeza molida por la jaqueca. Pero el circo la llenó de fuertes y complejas emociones. Los caballos de alta escuela y los perros amaestrados la encantaron. A pesar de toda su reserva, las volteretas de los clowns arrancáronle cloqueos de alegría que llamaron la atención de los espectadores vecinos. Sonrojóse púdicamente ante el *deshabillé* de las bailarinas, y en lo profundo de su alma subsistirá

siempre el recuerdo de un joven acrobata, bello, de enhiestos bigotes y malla sembrada de lentejuelas, que por dos veces la mirara...

Cuando al salir de aquel tumulto de sensaciones nuevas é incoherentes, la señorita Noemi vuelve á encontrarse en la calle donde hormiguean los transeuntes y carruajes, siente vértigo, y cegada por él, fuera capaz de embestir la primera barriga que se le pusiese al paso ó de arrojarse bajo las ruedas de un fiacre. Por fortuna allí está Minnie, quien, cogida de su mano, le muestra el agente portador del instrumento de paz, el bastón blanco, y la induce maternalmente á solicitar su apoyo. A Minnie no deja de sorprenderla todo aquel movimiento. Después de haber admirado la multiplicidad de automóviles, periódicamente continúa sorprendiéndose de que madrina no prefiera esa moda de locomoción á su viejo caballo... Pero todo lo demás ya no le llama la atención. Ni todas las sorpresas del género humano, ni las fuerzas naturales, ofrecen nada que pueda maravillarla. Así como el alma de la señorita Noemi se encoge ante lo desconocido, la de Minnie muéstrase abierta á todo. Su nariz se dilata respirando la vida con anhelo. Le pertenecen todos sus encantos. Minnie siente la pu-

janza de todas las energías y sabrá adaptarse á su destino.

En una palabra; en el mismo París donde se acumula el esfuerzo civilizador del hombre, Minnie no ha llegado á maravillarse de veras más que dos veces.—Una tarde fué á los almacenes del Louvre. Remolcada de sección en sección, por espacio de tres horas, paseó por entre todos los productos asombrosamente variados y múltiples del trabajo humano. Por espacio de tres horas, cegó sus ojos un sin fin de variadas riquezas que de todos los rincones del globo vinieron á acumularse en un solo lugar, traídas, reunidas, transformadas por millones de industriosas manos. Durante tres horas, oleadas de compradores arrastraron á Minnie en sus remolinos, atropellándola, aplastándola, pasando sin darse cuenta de ella, como si fuera una brizna en medio de un torrente tumultuoso..... Minnie salió del Louvre atontada, sofocada, muda, como si acabara de advertir su mínimo valor en el seno del inmenso colmenar humano; esto la azoró unos minutos.

El otro prodigio que pudo transportar á Minnie, fué el Jardín de Aclimatación. Por primera vez en su vida Minnie se sintió casi tan dichosa como aquel á quien siempre envidiara, Noé, quien pudo reunir en su Arca una pareja de

cada uno de los animales vivientes. Por primera vez vió ante sí, casi libres en sus verdes recintos, á un sin fin de animales que únicamente había encontrado descritos ó pintados en los libros. Y pensó que acaso fuera demasiada carga todo aquello para el Arca de Noé. Con sus propias manos, tocó el lama de los Andes y el zulú de Madagascar. Los rengíferos polares comieron de su pan y también los antílopes africanos. Los yaks del Thibet la contemplaron con sus plácidos ojos, y las otarias hicieron surgir inesperadamente de los estanques sus hocicos mostachudos y perezosos y sus pieles sedosas. Vió á todos los extraños seres cuyas formas y proporciones despiertan misteriosos caprichos; las girafas de desmesurado cuello, el tamanuar de lengua inverosímil, el ornitorrinco, semi-ánade con cuatro patas. Sus ojos no alcanzaban á saciarse de tantas cosas, de tantos seres convertidos de siluetas imprecisas y cuasi míticas en esas realidades vivientes y palpables.

Pero á su alegría se mezcló una punzante emoción, acaso muy profunda, cuando, en un rincón de la jaula de los monos, mientras la señorita Noemi, ofendida por el olor, llevaba su pañuelo á la nariz, la niña sorprendió á dos menudos seres de ojos humanos, dos títes

chiquitos, friolentos y lacerados, parecidos á los que allá, al otro lado del Océano, conociera tan ágiles y retozones bajo el gran sol de oro...

Y Minnie montó el elefante. Toda trivial realidad desvaneci6se á su alrededor. Muda y grave, balanceándose sobre el lomo de la enorme bestia, crey6se cuando menos un rajah indiano cabalgando en la selva. Tras el avestruz de pelado cuello, recorrió los desiertos africanos. Encaramada y sola en la joroba de un camello, tuvo á sus pies las arenas de la Arabia y oyó soplar el simún...

Minnie sali6 del jardín hechizado con los ojos brillantes y las mejillas encendidas; á la señorita Noemi le inquiet6 un poco su exaltaci6n. Durante la comida la niña estuvo explicando á madrina el sin fin de maravillas que había presenciado. Y, ya en los postres, concluy6 diciendo:

—Cuando sea mayor, daré la vuelta al mundo.

¡La vuelta al mundo! Madrina mueve la cabeza con una mueca resignada. En sus tiempos ¿qué muchacha educada en la apacible atm6sfera del convento, hubiera soñado en dar la vuelta al mundo? ¿Por qué extrañar, si tales aspiraciones frecuentan los cerebros pueriles, que el antiguo paraíso no les bastara á los ma-

yores, á esos que se han embrutecido hasta admitir ideas socialistas! ¡Cuántos, que hoy sufren el contagio de la fiebre universal, escaparían á esta vida turbulenta á que está condenada la sociedad contemporánea! Pero las quimeras de Minnie, más que escandalizar á madrina, la sorprenden. Es de admirar en la niña ese vigor en proyectar sobre todas las cosas la efervescencia de vida que lleva en sí... Al primer día claro que se presenta, madrina pregunta á Minnie, con maliciosa sonrisa, si desea por casualidad volver al Jardín de Aclimatación.

Pero no todos los días son claros y, por otra parte, ¡caramba! no va uno á pasarse la vida entera entre los animales. Algunas veces llueve. Entonces Minnie se queda en casa y es menester que se ocupe en algo.

Se ha dado con un pasatiempo. Mamá pidi6 con mucha insistencia que Minnie no olvidase demasiado sus estudios, y se estableci6 que la señorita Noemi le daría algunas lecciones. Minnie no es, que digamos, prolijamente estudiosa. Al oír la palabra lección hizo una mueca... Pero la señorita Noemi puso un semblante tan apesarado, tan contrariado, que Minnie se dejó conmovér. Para no desagradar á la señorita Noemi, consintió en trabajar una hora diaria, y la

señorita Noemi mostróse profesora tan poco exigente, que no hubo necesidad de insistir en lo de la concesión. Cuando, por casualidad, la lección ha salido muy bien, la señorita Noemi se la explica á madrina, con tal acento de triunfo, que hay motivo para que á Minnie la atormenten los remordimientos por no darle cotidianamente esta alegría. Cuando la lección de Minnie es mediocre, halla tantas excusas en su defensa, que queda enteramente disculpada. Y cuando Minnie se ha portado verdaderamente como una borriquita, la señorita Noemi se muestra tan azorada, tan desolada, que Minnie se siente de veras arrepentida y al día siguiente dice por sí misma: «¡Eal repasemos la de ayer, puede que salga mejor».

Pero si la señorita Noemi es para Minnie una maestra como jamás la soñara, Minnie es una discípula que desorienta singularmente las nociones pedagógicas de la señorita Noemi; no solo por sus alternativas de aplicación y aturdimiento, sino además por sus gustos y sus disposiciones que tanto la distinguen de las condiscípulas de la señorita Noemi que antaño siguieron con ella el curso de la señorita Escolástica Pardonneau.

La ortografía, la historia y la literatura eran en aquellos tiempos materias

que aguijoneaban el amor propio de las buenas discípulas. Tres órdenes de conocimientos sufrían notorio descrédito: geografía, ciencias naturales y lecciones de cosas. Pues bien, Minnie, descuida la ortografía, aborrece la gramática, desdén la historia y parece completamente indiferente ante la literatura; en cambio adora las lecciones de cosas, ciencias naturales y geografía. Siente una ardiente curiosidad, á veces insaciable, del mundo en que vive. Aunque su imaginación se exalta alegremente, siempre toma el punto de partida en la realidad. Minnie siente ansias de conocerla con precisión y por detalles. Para contestar á sus preguntas, la señorita Noemi se ve obligada a recurrir á la *Enciclopedia de la Buena Sociedad* y aún se dan casos de encontrar la ciencia insuficiente. Todas estas endiabladas invenciones, conjunciones de verbos, extravagancias de ortografía, todas esas vejees seculares, fechas de batallas, biografías de hombres ilustres muertos siglos atrás, todo esto aburre cruelmente á Minnie. Tampoco, á decir verdad, le interesa en lo más mínimo que Viena sea la capital de Austria y que los animales vertebrados se dividan en cinco clases. Pero, ¡qué satisfacción la suya al aprender cómo están formados su corazón y sus pulmones, y por qué un pavo no es

mamífero, y al saber cuánto tiempo se necesita para ir á Viena, lo que cuesta el viaje, y cómo visten los habitantes de aquella capital! Esto le interesa infinitamente. Intentad llevarla al dominio de la especulación, del pasado, y la veréis bostezar. Pero cuando se trata de nociones positivas, puntos de vista utilitarios sobre los seres y las cosas que forman parte del mundo en que vive, pone en ello tal atención que á veces la misma señorita Noemi propone que se suspenda la lección por temor á un exceso de trabajo.

Pero, á Dios gracias, no siempre se trabaja. Una gran estancia fué abandonada á los pasatiempos de Minnie. Cuando desde su sillón, trabajando en la eterna calceta, madrina oye crujir el entarimado ó el ruido de unas sillas que ruedan por el suelo, suspira y recuerda los apacibles recreos de su infancia: los pacientes juegos de la lotería y el dominó, y los incesantes é infinitos cuidados que prodigaba á sus muñecas sabiamente dispuestas en círculo. Minnie gusta de los juguetes. Le agradan las muñecas, pero, en todas sus diversiones, los objetos materiales, exteriores, no des empeñan más que un papel de comparsa; mejor que con los maravillosos productos de los almacenes del Louvre ó del Enano azul, se divertirá con los despojos

y ruinas, y con cualquier cosa, y en caso de necesidad con un simple trapo cualquiera, ó unos trozos de madera ó de piedra que su imaginación transforma. Porque los juegos de Minnie son ante todo desahogos de su propia personalidad. Los principales elementos de interés nacen de sus propias fuerzas. Por mal dispuesta que se halle, el más modesto apoyo exterior le proporciona un punto de partida suficiente; y tomando impulso vuela velozmente á las más altas regiones de su fantasía. La señorita Noemi esta mañana le contó la muerte de Hector. Tres sillas de frente le sugieren la idea de un tiro de caballos. Hasta la hora de comer, Minnie será Aquiles, y cuando se sienta á la mesa se advertirá en su rostro un surco espantoso de furor.

Juega á viajes, juega á salvajes, á la caza, al naufragio, al automóvil. Teniendo á Bobby por cómplice, el campo de juegos se hace infinito. A Minnie no le importa encargarse de dos papeles ó cuatro ó diez, ó ciento si es necesario. Minnie se multiplica, grita, corre, salta, se tira por el suelo... Algunas veces la señorita Noemi, un tanto alarmada, se aventura á intervenir, á dar un consejo de moderación, pero la endiablada Minnie es más fuerte que su energía. Aquiles permaneció sordo á las súplicas de

los Aqueos. Minnie vuelve á montar sobre su quimera que galopa á rienda suelta.

Ante el desmelenado diablillo de mejillas carmeses y manos negras, que Melania conduce á sus habitaciones para peinarlo y asearlo, madrina no puede evitar un gesto y una mueca de desagrado; una vez más, recuerda las tranquilas diversiones de su infancia; las camisas de muñeca pacientemente repulgadas con diminutos puntos iguales, los collares de perlas cuidadosamente engarzadas y las plácidas lecturas de Mr. Berquin. Pero ¡paciencia! Ya Minnie está de vuelta. ¿Quién la reconocería? Minnie gusta de tiznarse, pero luego quiere que la laven. Sus manos y su cara fueron limpiadas con jabón (el jabón dañaba el cutis en tiempos de madrina). Sus cabellos han sido peinados. Han cambiado su vestido y le han puesto un cuello blanquísimo. En su rostro no queda la menor traza de exaltación. Es hora de comer. Minnie se sienta ante la mesa muy erguida sobre su silla, come muy correctamente y conversa como una persona mayor. Sus palabras, de ordinario absurdas ó de una pueril jactancia, demuestran en ocasiones como la actual un sentido positivo tan preciso y una observación tan pura de la realidad, que madrina queda estupefacta y casi aterrada.

Ni sus gustos, ni sus admiraciones, ni sus ingenuidades son las mismas de antaño. Madrina está por juzgarla un prodigio. Pero en seguida recuerda que Luis-Felipe era rey de los franceses cuando ella era una niña como Minnie... Y recuerda la redecilla que envolvía su prieto cabello, recuerda sus faldas á guisa de pantalla, y el pantalón blanco que dejaba atrás el vestido... Y por tales recuerdos se sonríe melancólicamente á sí misma. ¡Cuán lejos está todo eso! Cambiaron el siglo y las costumbres. Minnie es una demócrata del veinte... Pero con ojos codiciosos la niña tiende su plato. Vaya, en lo único que se parecen casi todos los niños es en el amor á la crema de chocolate... A veces, al atardecer de un día ocupado por los juegos, Minnie se siente un poco fatigada, y va á sentarse al lado de madrina quien la confía alguna laborcilla. Y una y otra, tirando de la aguja, entran en conversación. Las impresiones de Minnie durante el paseo, los monumentos, las personas encontradas al paso, los diversos acontecimientos del día, son por lo general temas de sus diálogos. Algunas comparaciones con las personas y las cosas de Burdeos, realzan su interés. De vez en cuando se habla de papá y de mamá y del viaje á Constantinopla. Al principio, madrina temía herir imprudentemente la suscep-

tilidad de Minnie y procuraba no aludir á los ausentes. Pero, no sin mostrarse vagamente escandalizada, halló á su pensionista muy filosófica sobre este punto. Claro que á Minnie le agradaría presentar á Bobby á mamá, y acompañar á papá al Jardín de Aclimatación. Y aun á veces, poniendo una cara muy triste y con exagerado acento de emoción exclama: «¿Cuando volveré á ver á mis papás?» Pero en el fondo no la angustia gran cosa la separación. Minnie no es muy sentimental. Vive demasiado en el minuto presente y espera demasiado en el que le seguirá, para darse á tristes añoranzas. ¿No está el día de hoy lleno de interés? ¿No le pertenece todo el futuro para compensar los días de alejamiento? Madrina recuerda las lágrimas que ella vertía todas las noches, durante los quince días en que estuvo ausente su tía Eugenia, que cuidaba de dirigirla en su infancia; y se pregunta un tanto inquieta. «¿No amaré Minnie á sus padres?» Más pronto aleja de sí tal suposición. No, Minnie ama á su padre y á su madre con toda su alma. Cada vez que recibe carta suya la agita un alegrón extraordinario. Y forma cien proyectos para el día en que irá á juntárseles. Pero, eso sí, desconoce enteramente las penas estériles y vanas lamentaciones. Tiene su manera de querer. ¿Cuál es la mejor?

A veces Minnie dice á madrina: «Cuénteme una historia».

Hace mucho tiempo que madrina no ha contado ninguna historia; al principio se sintió algo apurada. No obstante, ha hecho un alarde de memoria y poco á poco ha ido recordando los cuentos de hadas que tanto le encantaran en su infancia... Minnie los ha escuchado con gran atención, introduciendo alguna que otra observación personal. Las fechorías de los ogros y los gigantes la indignan, aplaude las juguetas que les hacen las hadas y las justas represalias de los genios buenos. De pronto, ciertos detalles le parecen anticuados. Por ejemplo: siempre se trata de magníficos carruajes tirados por cuatro caballos, con cocheros de empolvadas pelucas y lacayos etc... ¡Dios mío! ¿No sería mucho mejor un automóvil? Un globo dirigible reemplazaría con ventaja á un gran carro aéreo. Y entre los prodigios que operan las varitas mágicas, los hay que no ofrecen nada extraordinario. Además, otra cosa contraría á Minnie, privándola de entregarse por completo á la emoción del relato, á saber, que cuando madrina ha terminado su historia, y la niña no deja nunca de preguntar: «¿Pero todo esto no es cierto, verdad madrina?», madrina, naturalmente, asiente. Entonces Minnie se siente de veras contrariada.

Bien sabe Minnie ¡que carambal que no existen bestias parlantes, ni la tierra de Pipiripao, ni hechiceras. Pero la contraría recibir una confirmación indiscutible y absoluta de lo que ya suponía. Se avergüenza de haberse interesado, de haber, quizás, vertido una lágrima por una historia que *no puede haber sucedido*. Minnie gusta de la ficción, pero es necesario que ésta tenga su atractivo, su punto de partida en la realidad. Es evidente que no puede ser verosímil que una niña como Minnie lograra vencer á Julio César ó salvar á Juana de Arco. Pero, en fin, en rigor, admitiendo ciertas circunstancias, hasta podría concebirse. No sería contrario á las leyes de la naturaleza... En cambio, es completamente imposible que el lobo haya podido hablar con la Caperucita roja...

Hé aquí porque Minnie prefiere otras relaciones á los cuentos de hadas. Sobre todo las que se refieren á la infancia de madrina suscitan en ella una curiosidad ferviente y apasionada. Se pasaría horas enteras ovillada á los pies de madrina escuchándola con la boca abierta. ¡Quien dijera que esa anciana, esa madrina hoy tan vieja, fué una niña de veras como Minnie! Iba á los Campos Eliseos que ya existían. Tenía muñecas y animales predilectos. Los señores y

las damas de los retratos eran también seres vivientes. Y madrina tenía una vieja madrina, la cual tuvo otra. Minnie entrevé el encadenamiento infinito de los hombres y la sucesión de las generaciones y se siente vagamente solidaria de todas aquellos ramas. Y con profunda y deliciosa emoción queda pendiente de los labios de madrina y revive con ella los numerosos episodios casi olvidados, cuyas peripecias no son muy extraordinarias, pero sí reales y subyugan á Minnie con el profundo hechizo de la historia...

Un día la niña dijo á madrina:

—Madrina, usted tuvo una hija. ¿Quiere usted contarme algo de ella?

Al primer momento, instintivamente, madrina estuvo á pique de negar ó á lo menos de eludir la indiscreta petición. Luego, en un rincón de su memoria, vió surgir la cara marcial y mostachuda del hermoso gato de angora gris, que tan tiernamente amara y al que tanto lloró Clara-Angélica. Y le explicó la historia del ratón. Y otras muchas. Casi cada tarde Minnie repetía la cariñosa súplica: «¡Madrina, cuénteme usted algo más de Clara-Angélica!» Madrina no pudo negarse á ello, y he aquí que, poco á poco, entre la anciana y su pequeña huésped, revivió toda la infancia de Clara; sus alegrías, sus

cuitas, sus enfermedades; sus juegos y muchos detalles que la misma madrina casi tenía olvidados y que iban surgiendo de la penumbra...

Con el mayor poder de atención de que es capaz Minnie, la escuchaba ávidamente... Hízose referir todos los gustos de Clara-Angélica; quiso saber de qué color eran sus ojos y sus cabellos y como vestía. Para satisfacerla, los nudosos dedos de madrina sacaron una miniatura del fondo de un vetusto mueble. Minnie se la pidió otras muchas veces. Ahora ya conoce á Clara-Angélica; la vé, y á veces exclama, con fervor: «Oh, ¡qué buenas amigas hubiéramos sido Clara-Angélica y yo!» Pues ha de constar que Clara-Angélica, que hoy habría pasado de los cuarenta, á juicio de Minnie, sería su contemporánea. Los años desaparecen y no se toman en cuenta. Clara-Angélica ya no es la figura dolorosa y lejana cuyo lacerante recuerdo remueve sin cesar una llaga, jamás cicatrizada, y cuyos rasgos, por efecto del tiempo transcurrido, se confunden, se atenuan, se hunden poco á poco bajo la marea lenta é inexorable del olvido. La vida que Minnie infunde á su alrededor es tan intensa que á su contacto se ha operado un milagro: diríase que la desaparecida se ha aproximado, parece menos muerta. Cla-

ra-Angélica ya no es una visión en el más allá, una figura encerrada por un marco, un nombre sobre una tumba. Es una compañera de Minnie, una amiga, una hermanita lejana. Ayer su helado recuerdo no se asociaba más que á las tristes ideas de sepulcro, de renunciación y de sacrificio. Hoy, madrina la vé renacida, como en el tiempo en que ningún fúnebre velo ensombrecía sus rosadas mejillas. Por sus espontáneas alegrías y por el franco y leal corazón que latía dentro de su pecho, se parecía un poco á Minnie, pero era de una hermosura más frágil, de gracias más delicadas, de vida menos exuberante... Los ojos de madrina se inundan de lágrimas, de muy dulces lágrimas que casi son de dicha. ¡Qué homenaje, qué corona, qué sentimiento, qué ceremonia conmemorativa puede darse más emocionante y más digna de la virginal y encantadora criatura que fué Clara-Angélica, que el hecho de que su imágen aproxime á la anciana asomada al borde de la tumba, y á Minnie que penetra en la vida, y confunda sus dos corazones en el recuerdo de la linda muerta?... Una tarde, durante una pausa de madrina, Minnie dijo con penetrante tono, después de reflexionar un instante: «Madrina, es raro que seamos tan buenas amigas, siendo usted tan anciana; creo

que debe de ser porque las dos queremos tanto á Clara-Angélica, verdad?» Madrina no respondió en seguida, porque un nudo le apretaba la garganta. Pero con voz ya serena, continuó sin tardanza el relato de la primera comunión de Clara-Angélica. Y Minnie, emocionada y devota, participó de la ceremonia.

Alguna que otra tarde, cuando madrina se siente muy fatigada ó su tos crónica la impide hablar demasiado, dice á Minnie: «Hoy te toca á tí. Explícame una historia.» Minnie reflexiona por un momento, hace unos dengues y con voz afectada y grave, empieza. La heroína es siempre una niña que se le parece. Al principio en sus aventuras no se nota nada extraordinario. Tienen analogías con los hechos del día ó de la vigilia. Algunas constituyen, á veces, una crítica indirecta de observaciones injustas que pudieron ser dirigidas á Minnie y ésta se complace en ver el efecto que producen... Pero luego la relación se complica. He aquí que los padres de Lucía y de Carolina se arruinan. Y Carolina ó Lucía parten hacia los países cálidos. ¿Hacia cuáles? No se sabe á punto fijo. Se parecen un poco estas tierras al país soleado que cegó los ojos de Minnie, y no sé á qué comarcas misteriosas, fecundas en prodigios y espantosas

aventuras. Vense en ellos negros que visten telas pintarrajeadas, indios, piratas, serpientes, cocodrilos, monstruosas frutas y flores envenenadas. Lucía, en tales parajes, corre peligros inauditos, de los cuales logran salvarla milagrosamente sus mañas. Defiende á sus padres contra los antropófagos, aprisiona á los más terribles bandidos, y hasta mata á un león. Al oír tan exagerados prodigios madrina no puede evitar una mueca de escepticismo. Entonces Minnie se indigna, multiplica los detalles, prestando á su relato un aire de veracidad ofendida... Madrina dice en tono de concesión: «Muy bien como cuento...» Minnie casi llega á enfadarse. Todo lo que explica de Lucía se lo ha contado ella; sabe positivamente que es cierto... Madrina entonces se escandaliza un poco y dice en amable tono de burla: «Veamos, Minnie, no puede decir eso más que en broma...» Minnie, viéndola reír no tiene más remedio que reírse también. Pero desde aquel momento su historia ya no la divierte, y la termina de cualquier manera. Hay que tener en cuenta que, cuando Minnie explica, no inventa, sino que pretende crear la realidad. No son ficciones, son seres vivientes los que proyecta fuera de sí misma; son, para ella, cosa palpable, cosa visible y casi se irrita

de buena fe cuando no quieren creer en su existencia, pues Minnie llega hasta el extremo de amarles ó de odiarles... Así fué como los primeros hombres crearon sus dioses y fueron tan cándidos ante su propia mentira que acabaron por ser sus esclavos. Pero Minnie jamás será esclava de nada ni de nadie.

Algunas tardes de lluvia se hacen interminables. Temerosa de resfriados, madrina prohíbe que se salga cuando las calles están mojadas. Después de largas horas de enojarse consigo misma en el departamento cerrado, Minnie se aburre. Las diversiones conocidas se agotaron, la señorita Noemi tiene poca imaginación para inventar nuevos pasatiempos. Ningún libro de estampas logra ya hacerse interesante y, por otra parte, Minnie está segura de que si leyese demasiado la agobiaría el dolor de cabeza. Bobby es decididamente estúpido. Es demasiado pronto para pedir una historia á madrina. Entonces Minnie se acurruca en el fondo de un sillón, en postura no muy decorosa, y cuando madrina, extrañando el silencio que reina en la casa, va á ver lo que ocurre y le pregunta por qué se hace la malhumorada, Minnie responde en tono áspero, con más franqueza que cortesía: «Es que me aburro.»

Por encima de sus anteojos, que con-

serva montados sobre la nariz, madrina intenta lanzarle una mirada muy severa. Y en tono mitad sorprendido y mitad acusador, amonesta á Minnie. Las niñas inteligentes y bien educadas no se aburren jamás. Cuando madrina era niña nunca le ocurrió semejante cosa. ¿No? Minnie la dirige una mirada escéptica. Pues ella pensaba todo lo contrario; pensaba que debía de aburrirse constantemente, de una manera terrible, sobre todo en la época en que los viejos señores ariscos y sus compañeras eran seres de carne y hueso, en vez de dormir inofensivos allá en los cuadros...—¿Clara-Angélica tampoco se aburría?—No, al parecer. Clara-Angélica tampoco se aburría en su vida.—¿Pues qué hacía?—En primer lugar, trabajaba mucho más que Minnie; no la cansaba el leer; y tenía algunas amiguitas...

Madrina ha soltado una palabra imprudente. Apenas acaba de pronunciarla, se arrepiente de ello. Pero á Minnie no le pasó inadvertida. ¡Ahl si Minnie tuviese amigos, tampoco se aburriría. En Burdeos tenía muchos y no se hastiaba nunca. ¿Por qué no los trajo aquí? Madrina maldice su ligereza. ¡Pobre Minnie! Lo que dice está muy puesto en razón. Ni la ternura, ni las atenciones, ni toda la buena voluntad de la señorita

Noemi pueden reemplazar á los pequeños camaradas que le faltan. Madrina se siente culpable. Intenta justificarse. A decir verdad no conoce á ningún niño... Pero Minnie responde vivamente:

—Aquí están los Peborde. Estoy segura de que me divertiría mucho con ellos.

¡Los Peborde! El solo hecho de que tal nombre se pronuncie en su casa, ya constituye para madrina un sufrimiento, casi un sacrilegio. Pero el que Minnie pudiese tener á aquellas infelices criaturas por compañeras de sus juegos, es una suposición tan escandalosa que á la anciana le hierve la sangre con sólo imaginarlo. Con acento de decisión que jamás empleara en sus diálogos con Minnie, madrina declara:

—Es inútil que insistas en jugar con esos chiquillos. Tu idea es irrealizable.

Minnie permanece callada cinco minutos. Una decisión tan firme y, sobre todo, el imperioso tono con que fué pronunciada, la han sorprendido, aunque no descorazonado. Tiene la intuición de la diplomacia, de la estrategia. Hay resistencias que no deben atacarse de frente, posiciones que no pueden tomarse á viva fuerza. Es preciso tantear al adversario con hábiles maniobras y poco á poco ganar terreno. Minnie abraza á madrina, le pide tela para un vestido

de muñeca, y se sienta amablemente á su lado, y empieza á coser. A madrina la conmueve tanta docilidad. Al cabo de un momento Minnie formula con indiferencia esta observación:

—Son tres hermanitos ¿sabes? Les he encontrado varias veces en la escalera. El mayor es todavía un arrapiezo. Es algo mayor que yo.

En tales palabras nada hay reprehensible. Minnie no ha insistido. No ha pedido nada. Se ha limitado á manifestar un hecho. Por otra parte, madrina le dice con frecuencia que le place infinito estar siempre al corriente de sus pensamientos. Así que no puede molestarse. Si no sostuviera el diálogo faltaría á su deber. Precisa responderle. Pero se limita á decir: «¡Ah!» con tono que nada tiene de estimulante.

Cuando no hay más remedio, Minnie se contenta con poco. Pero el hielo está roto, y prosigue diciendo:

—La mediana es una niña; sigue un niño, casi un bebé. El mayor se llama Maximiliano.

¡Maximiliano! En los labios de madrina se insinúa un pliegue de ironía despectiva. ¡Maximiliano! ¡sin duda en honor de Robespierre! Pero ¿cómo es posible que Minnie sepa su nombre? ¿Le ha hablado?

¡Oh, no, de ningún modo! puesto que

por tal declaración, y balbucea á media voz:

—Pero si ellos me saludan en la escalera, yo no he de... no he de...

Y pone lastimoso talante, algo azorado. Madrina se siente llena de remordimiento y de compasión. ¡Pobre criatura! ¡Tan niña, y ya la torturan las diferencias de los hombres! No obstante, es imposible consentir. Madrina emite un principio decisivo:

—Nunca debe olvidarse la cortesía. Naturalmente, si os encontrais por la escalera, debéis saludaros. Pero conviene que no alternes con esos chiquillos.

La cosa mejora. Madrina ha recobrado su amabilidad. Minnie no alternará con los niños Peborde; entendido. Pero si la casualidad les aproxima, no le está prohibido saludarles. Por algo se empieza... El rostro de Minnie se aclara; la niña dobla su labor y propone lo siguiente:

—¿Podría poner á Bobby el delantal de mi muñeca grande? Él sería mi compañero de juegos, puesto que no tengo otro...

Madrina no se siente con valor para negárselo. Bobby pagará las consecuencias de su firmeza, resultando con ello nueva víctima indirecta de las pasiones anticlericales.



CAPITULO IV



ODAS las mañanas á las once menos cuarto, como el tiempo no esté muy malo, Minnie acostumbra á dar un paseo con la señorita Noemi. Esta es la regla establecida por madrina quien, en todas las cosas ama el orden y la disciplina. A Minnie no le interesa exageradamente, sobre todo, cuando no es su fantasía la que dicta su aplicación. Así que más de una vez pasó inadvertida la hora del paseo. Pero hace algunos días que le ha dado por ser puntual, tan puntual, que hoy ha sido la propia Minnie quien ha preguntado si era ya hora de vestirse. Días atrás se quejó, infinidad de veces, con alguna acrimonia, de la escasa variedad de los itinerarios y de la fealdad de los lugares